

dicho, deseo en primer lugar que no estés perdiendo el tiempo en un sitio como este; y además, veo que es un monstruoso contrasentido que tenga criado un prisionero por deudas; es preciso que me dejes por algún tiempo, Sam.

—¿Por algún tiempo? — repitió Sam con un ligero acento de sarcasmo.

—Sí; por el tiempo que yo estuviese aquí, yo continuaré pagándote el salario, y alguno de mis tres amigos podrá llevarte consigo, aunque no fuese sino por respeto hacia mí; si algún día salgo de aquí, te doy mi palabra de que volverás conmigo.

—Pues ahora voy á deciros lo que hay — replicó Sam con voz grave y solemne. — Eso no puede ser; con que no hablemos más.

—Sam, hablo seriamente; estoy resuelto.

—¿Estais resuelto, señor? pues yo también.

Al pronunciar estas palabras con voz firme, Sam se puso el sombrero, y salió bruscamente de la habitación.

—Sam — gritó Mr. Pickwick, — Sam, ven acá.

Pero la larga galería había cesado ya de repetir el eco de sus pasos. Sam había partido.

●CAPITULO XLIII

De cómo Sam Weller llegó á estar mal en sus negocios

En una sala con mala luz y peor ventilación, situada en la calle de Portugal, forman tribunal durante todo el año, uno, dos, tres ó cuatro caballeros de peluca, que tienen delante unos pequeños pupitres mal charolados; las tribunas de los abogados están á la derecha; á la izquierda, el sitio de los deudores insolventes, y en parte un plano inclinado de figuras especialmente sucias. Estos caballeros de peluca son los comisarios del tribunal de insolventes, y el sitio donde se entronizan el sitio de insolventes mismo.

Desde tiempo inmemorial, aquel tribunal es mirado

como el refugio durante el día de todos los pelagatos de Londres; la sala está siempre llena, los vapores de cerveza y los espirituosos suben constantemente hacia el techo y se condensan con el frío y bajan en forma de lluvia ó á lo largo de las paredes. Allí se encuentran más viejos vestidos que los que ponen en venta durante todo un año los judíos del barrio de *Hounditch*, y más pieles grasientas, más barbas largas, que las que todas las bombas y las barberías de *Tyburn* podrían limpiar en un día.

No hay que suponer que algunos de estos individuos tengan que hacer en aquel sitio; si tuvieran que hacer, su presencia no sería sorprendente y la singularidad de la cosa cesaría inmediatamente. Algunos duermen durante el día la mayor parte de la sesión; otros llevan la comida en el pañuelo ó en su sombrero roto, y comen oyendo á los abogados con doble delicia; pero ninguno tiene el más ligero interés personal en los asuntos tratados por el tribunal. Cualquiera que sea la manera que tienen de gastar el tiempo, permanecen allí desde el principio al fin de la sesión. Cuando lueve, llegan todos mojados, y entonces los vapores que se elevan en la audiencia semejan á los de un pantano.

Un observador que se encontrara allí por casualidad, podría imaginar que es un templo elevado al genio de la pobreza raída. No hay uno solo que lleve una levita cortada para él; no hay en todo el establecimiento un solo hombre pasablemente fresco y limpio, si se exceptúa un pequeño ugiar de cabellos blancos y rostro amoratado; en fin, las pelucas de los abogados están mal empolvadas y mal rizadas.

Pero, después de todo, los abogados que se sientan detrás de una gran mesa sin tapiz, son la más notable curiosidad de aquel sitio. El establecimiento profesional del más opulento de aquellos señores consiste en un saco azul, donde llevan la toga, y en un pequeño pasante, ordinariamente judío; no tienen bufete, pero tratan en las tabernas los asuntos legales, ó en el patio de las prisiones, donde van en tropel y se disputan los chalanes á la manera de conductores de ómnibus. Tienen una fisonomía ajada y angulosa, y si se les sospecha algún vicio, es la embriaguez y la malignidad.

Mr. Salomón Pell, uno de los miembros de esta ilustrada corporación, era un hombre gordo, pálido y repulsivo; su vestido parecía tan pronto verde como pardo, según los reflejos de la luz, y estaba adornado con un cuello de terciopelo que ofrecía la misma particularidad; su frente era estrecha, su rostro ancho, su cabeza enorme y su nariz vuelta hacia un lado. Por lo demás, como

Mr. Pell era gordo y apático, respiraba principalmente por aquel órgano, que de este modo compensaba en utilidad lo que le faltaba en belleza.

—Estoy seguro de sacarlo bien — decía Mr. Pell.

—¿Seguro? — preguntó la persona á quien daba aquella seguridad.

—Seguro y cierto — replicó Mr. Pell; — pero si hubiera encontrado á un práctico irregular, yo no hubiera respondido de las consecuencias.

—¡Ah! — dijo el otro abriendo la boca.

—No, no hubiera respondido — repitió Mr. Pell.

Y se mordió los labios, frunció las cejas y movió la cabeza misteriosamente.

El sitio donde se entablaba esta conversación era la taberna que está frente por frente al tribunal de insolventes, y la persona á quien Mr. Pell hablaba, no era otro que Mr. Weller, el mayor.

Había venido á confortar á un amigo suyo, cuya petición en calidad de deudor honradamente insolvente debía ser presentada aquel mismo día.

—¿Y Jorge, dónde está? — preguntó Mr. Weller.

Mr. Pell inclinó la cabeza en dirección de la tienda, y Mr. Weller fué allá en seguida, siendo saludado afectuosamente por media docena de compañeros suyos. El caballero insolvente, que había hecho un préstamo imprudente para establecer descansos de postas, tenía un ademán agradable y se esforzaba en calmar la excitación de su espíritu con sendos vasos de cerveza.

El saludo cambiado entre Mr. Weller y sus amigos se limitó estrictamente á la francmasonería del gremio, es decir, á hacer un gesto con el puño derecho, elevando el dedo meñique.

—¿Qué hay, Jorge? — dijo Mr. Weller quitándose su redingote y sentándose con su gravedad acostumbrada. — ¿Cómo van los asuntos?

—Todo va bien, viejo camarada — respondió el hombre que iba mal en sus negocios.

—¿La yegua gris ha pasado á alguno? — preguntó Mr. Weller con ansiedad.

Jorge hizo un signo afirmativo.

—Bien; ¿han cuidado aquí de los coches?

—Están en sitio seguro — dijo comiendo sin más ceremonia.

—Muy bien, muy bien — dijo Mr. Weller, — atendida á la máquina cuando bajéis una cuesta: ¿Está arreglada la cédula de camino?

Mr. Pell, adivinando el pensamiento de Mr. Weller, tomó la palabra y dijo:

—El inventario del activo y del pasivo está tan claro, como pueden hacerlo la pluma y la tinta.

Mr. Weller hizo con la cabeza un signo que implicaba su aprobación, y en seguida, volviéndose á mister Pell, le dijo mostrando á su amigo Jorge:

—¿Cuándo le quitáis la cobertura?

—¿Eh? es el tercero en la lista de los deudores, cuya insolvencia no quiere reconocer el acreedor, y preveo que su turno llegará dentro de media hora; he dicho á mi escribiente que venga á avisarme cuando llegue la hora.

Mr. Weller contempló al abogado de los pies á la cabeza, y dijo enfáticamente:

—¿Qué queréis tomar?

—En verdad... sois muy... pero no acostumbro... es tan temprano... Pues bien, traed tres peniques de rom.

La joven que servía puso un vaso delante Pell, y se retiró.

—Caballero — dijo Mr. Pell mirando á todos; — ¡buena suerte á vuestro amigo! Yo no acostumbro elogiarle; no está en mis hábitos; pero no puedo menos de decir que si vuestro amigo no hubiera tenido la suerte de caer en mis manos... pero no quiero acabar lo que iba á decir... Señores, á vuestra salud.

Habiendo vaciado un vaso en un abrir y cerrar de ojos, Mr. Pell miró con complacencia el círculo de cocheros, á cuyos ojos pasaba sin duda por una especie de oráculo.

—Veamos — continuó; — ¿qué decía yo, señores?

—Decíais que no rehusaríais otro vaso — dijo mister Weller con gravedad.

—¡Ah! no es malo... bien... pues bien, venga la segunda edición, señores, — continuó; — el difunto canceller me quería mucho.

—Mucho honor para él — interrumpió Mr. Weller.

—¡Escuchad! — gritó el cliente del hombre de negocios. — ¿Y por qué?

—¡Ah! sí, es verdad — repitió un hombre de rostro muy colorado, que no había dicho nada hasta entonces, y parecía no tener tampoco nada que decir. — ¿Por qué no?

Un murmullo de asentimiento circuló en la sociedad.

—Yo me acuerdo, señores, de que comiendo con él cierto día... estábamos los dos solos, pero la mesa estaba tan espléndida como si hubiera habido veinte convidados. El gran sello estaba á la derecha, y á la izquierda, un hombre armado y cubierto con una gran peluca, guardaba la mesa con un sable desnudo y medias de seda. El canceller me dijo... no es inmodestia... «Pell, me dijo,

sois un hombre de talento; vos podéis sacar libre al que se os antoje, en el tribunal de insolventes. Vuestro país debe estar orgulloso de vos, Pell.» Estas son sus propias palabras. «Milord, le dije, me lisonjeáis.» «Pell, dijo él, si es lisonja, que el diablo me lleve.»

—¿Ha dicho eso? — interrumpió Mr. Weller.

—Lo ha dicho.

—Pues bien, entonces yo digo que el parlamento debía imponerle una multa por haber jurado; y si el canceller hubiera sido un pobre diablo, no se escapa sin multa.

—Pero si él me decía aquello en confianza... y bien conocía él mi discreción.

—Eso cambia la cuestión. Continúad.

—No, no continuaré — dijo Mr. Pell en voz baja y con seriedad. — Me habéis recordado que era una conversación privada... privada y confidencial. Señores, yo soy hombre de ley. Es posible que yo sea muy estimado en mi profesión; es posible que yo no lo sea. Cada cual puede saberlo: yo no digo nada. Ya se han hecho aquí observaciones injuriosas á la memoria de mi noble amigo. Vos me acusaréis, señores. Comprendo que no tengo derecho á hablar de este asunto sin su consentimiento. Os doy gracias, señores, por habérmelo recordado.

Mr. Pell se metió las manos en el bolsillo, hizo resonar con una terrible determinación tres medios peniques que allí tenía y frunció las cejas mirando en torno suyo.

Apenas había acabado de expresar la virtuosa relación, cuando el galopín y el saco azul, dos inseparables compañeros, se precipitaron en la habitación; dijeron (ó al menos el galopín lo dijo, porque el saco no tomó parte alguna en este asunto) que la causa se iba á ver al instante. Todos se apresuraron á atravesar la calle y á penetrar en la sala, ceremonia preparatoria que en los casos ordinarios se ha calculado que dura veinticinco ó treinta minutos.

Mr. Weller, que era fuerte, se precipitó en medio de la multitud, con esperanzas de llegar al fin; pero el éxito no correspondió á sus esperanzas, y su sombrero, que se había olvidado de quitar, fué repentinamente enterrado hasta los ojos por una persona invisible. Aquel individuo sintió su impetuosidad, porque un momento después, lanzando una exclamación de sorpresa, arrastró al gordo hacia la sala, y con violentos esfuerzos le sacó el sombrero de la cabeza.

—¡Samuelillo! — exclamó Mr. Weller, cuando pudo ver la luz.

Sam hizo un signo con la cabeza.

—¡Eres un hijo afectuoso y sumiso!

—¿Cómo podía yo figurarme que erais vos? ¿Podía yo conocerlos en el peso de vuestros pies?

—¡Eh! es verdad, Samuelillo — continuó Mr. Weller inmediatamente. — ¿Pero qué haces aquí? Tu amo no puede sacar nada bueno de aquí.

—Y Mr. Weller sacudió la cabeza con gravedad enteramente judiciaria.

—Ayer he ido á buscaros al *Marqués de Bramby* — dijo Sam.

—¿Has visto á la marquesa de Gramby? — preguntó Mr. Weller suspirando.

—Sí.

—¿Qué cara tiene la pobre mujer?

—Muy mala. Creo que se deteriora gradualmente con el rom y las otras medicinas del mismo género que se administra.

—¿Tú lo crees, Sam? — exclamó Mr. Weller con vivo interés.

—Sí, estoy seguro.

Mr. Weller cogió la mano de su hijo, la estrechó, después la dejó caer, y durante esta acción, su ademán no revelaba ni temor ni dolor, sino más bien la dulce expresión de la esperanza. Un rayo de resignación y aun de contento iluminó su rostro, mientras decía:

—No estoy enteramente seguro de la cosa, Sam; no quiero asegurarlo por temor á equivocarme; pero me parece que el buen pastor tiene una enfermedad del hígado.

—¿Tiene mala cara?

—Horriblemente pálido, excepto la nariz que está más roja que nunca. Su apetito es mediano; pero bebe prodigiosamente.

Mientras Mr. Weller pronunciaba estas palabras, algunas ideas, asociadas con el rom, pasaban probablemente por su espíritu, porque se puso triste y pensativo; pero bien pronto se restableció.

—Ahora, vamos al asunto — continuó Sam. — Abrid las orejas, y no digáis una palabra hasta que haya concluído.

Después de un corto exordio, Sam contó lo más sucintamente que pudo la última y memorable conversación que tuvo con Mr. Pickwick.

—¡Pobre criatura! — exclamó Mr. Weller. — Estar allí solo, y sin nadie que le ayude, eso no puede ser, Samuelillo.

—Pardiez, yo sabía eso antes de venir.

—Se lo comerán crudo.

Sam manifestó por un signo que era de la misma opinión.

—Y si no lo devoran, saldrá tan desplumado que sus propios amigos no lo conocerán.

Sam repitió el mismo signo.

—No puede quedar así — dijo Mr. Weller gravemente.

—No será — dijo Sam.

—Ciertamente no — repitió el padre.

—Pues bien, vos profetizáis como la burra de Ba-

laan.

—¿Qué burra era esa, Sam?

—Eso no hace al caso.

—Yo he conocido un palafrenero de ese nombre.

—No es él; el mío era un profeta.

—¿Y qué es un profeta? — preguntó Mr. Weller mirando á su hijo con severidad.

—Un hombre que dice lo que ha de pasar.

—Quisiera conocerle, á ver si me daba alguna luz sobre esa enfermedad del hígado, de que he hablado. Continúa, Sam.

—Pues bien, vos habéis profetizado lo que le ha de pasar á mi amo, si sigue solo. ¿Os ocurre algún modo de cuidarle?

—No, Samuelillo, no — respondió Mr. Weller con ademán pensativo.

—¿Ningún modo?

—Ni uno solo. Al menos que...

Un rayo de inteligencia iluminó el rostro de Mr. Weller. Redujo su voz á un débil cuchicheo, y aplicando la boca á la oreja de su hijo, le dijo:

—Al menos que no le hagamos salir en un colchón doblado, sin que lo sepa el carcelero, ó que lo disfracemos de mujer con un velo verde.

Sam escuchó con desdén estos dos consejos y repitió su pregunta.

—No, si no quiere que estés con él, no me ocurre medio alguno.

—Pues entonces voy á deciros lo que hay. A ver si me prestáis veinticinco libras.

—¿Qué vas á hacer con eso?

—No os inquietéis. Tal vez os ocurra pedírmelas cinco minutos después; tal vez á mí me ocurra no devolvéros las, y me haré el inocente; y vos sois capaz de hacer prender á vuestro propio hijo por un poco de dinero. ¡Sois capaz de mandarlo á una prisión, padre desnaturalizado!

Al oír estas palabras, padre é hijo cambiaron un código completo de signos telegráficos, después de lo

qual, Mr. Weller se sentó sobre una piedra, y empezó á reír tan violentamente, que se puso de color de púrpura.

—¿Qué vieja carátula! — exclamó Sam indignado de aquella pérdida de tiempo. — Pero no tenemos nada que nacer. ¿Dónde está el dinero?

—En el cofre, Sam, en el cofre — dijo Mr. Weller, dando á sus facciones su expresión acostumbrada. — Toma mi sombrero, Sam.

Desembarazado de aquel ornamento, Mr. Weller se volvió de lado, y por un movimiento hábil, consiguió insinuar su mano derecha en un bolsillo inmenso, de donde pudo extraer después de muchos esfuerzos y suspiros una cartera grande en octavo, cerrada con una enorme correa de cuero. Sacó de la cartera un par de mechas de látigo, tres ó cuatro bucles, un pequeño saco de muestra de avena, y un rollo de billetes de Banco muy sucios, de entre los cuales cogió la suma necesaria, que entregó á Sam.

—Y ahora, Sammy — dijo después de haber reintegrado en la cartera las mechas, los bucles y el saco de avena, y después de haber depositado nuevamente la cartera en el fondo de su gran bolsillo; ahora, Sam, yo conozco un caballero que hará por nosotros el resto de la tarea; un leguleyo, Sammy, que tiene cerebro hasta en las puntas de los dedos, como las ranas, un amigo del lord canciller, el que no tiene más que hacer un signo con la cabeza para encerrarte toda tu vida si quisiera.

—¡Alto ahí! — interrumpió Sam, — eso no.

—¿Cómo no?

—Nada de medios inconstitucionales. Después del movimiento perpetuo, el *habeas corpus* es una de las cosas más excelentes que se han inventado. He leído esto muchas veces en los periódicos.

—¿Y á qué viene ahora eso?

—Es que yo quiero favorecer la invención y hacerme meter dentro de esta manera. Nada de jugarretas con el canciller. Eso no me gusta.

Conforme con los sentimientos de su hijo en este asunto, Mr. Weller fué en busca de mister Pell, y le comunicó su deseo de obtener inmediatamente un auto de prisión, por la suma de veinte y cinco libras esterlinas, contra un tal Samuel Weller; los gastos habían de ser pagados á Mr. Salomon.

El hombre de negocios estaba de muy buen humor, porque su cliente acababa de recibir su descargo. Aprobó altamente el afecto de Sam por su amo, declaró que esto le recordaba sus propios sentimientos hacia su

amigo el canciller y llevó á Mr. Weller á Tumble, para prestar juramento consecutivo de la deuda cuya declaración acababa de ser espedida por el escribiente del saco azul.

Durante este tiempo, Sam fué presentado al hombre que había sido libertado del peso de sus deudas, como el vástago de Mr. Weller, y le trataron con notoria distinción, invitándole á regalarse con ellos en honor de las circunstancias, invitación que aceptó sin ninguna especie de dificultad.

La alegría de los caballeros de aquella clase es ordinariamente de un carácter grave y tranquilo; pero se trataba de un regocijo particular, y se desahogaron en proporción de su gravedad acostumbrada. Después de algunos brindis bastante tumultuosos en honor del jefe de los comisarios y de Mr. Salomon Pell, que acababa de desplegar una gravedad de tanta trascendencia, un caballero que tenía una corbata azul pidió que se cantara.

—Todo va bien, Sammy — dijo Mr. Weller.

—El oficial estará aquí á las cuatro — añadió mister Pell. — Supongo que no os escaparéis esperando. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—Tal vez mi cruel papá se arrepentirá — balbuceó Sam con una sonrisa cómica.

—No, no, á fe mía — dijo Mr. Weller.

—Yo os lo suplico — continuó Sam.

— Por nada del mundo — contestó el inexorable acreedor.

—Os haré un pagaré para daros cinco peniques al mes.

—No quiero.

—¡Bien! ¡bien — exclamó Mr. Salomon Pell, que se empeñaba en hacer la pequeña cuenta de los gastos. Es un incidente muy divertido en verdad. Benjamin, copiad eso.

Mr. Pell empezó á sonreír, mostrando el total á mister Weller.

—Gracias, gracias — dijo el leguleyo, tomando el gresniente billete de Banco que el viejo cochero sacaba de su cartera. — Tres libras, diez chelines y una libra y diez shellines, hacen cinco libras esterlinas. Muchas gracias, Mr. Weller; vuestro hijo es un joven muy interesante; es un rasgo este que honra mucho á ese joven, — continuó guardándose el dinero.

—¡Buena farsa! — dijo Mr. Weller riendo; — es un verdadero hijo pródigo.

—¿Pródigo? ¿hijo pródigo? — preguntó mister Pell.

—No os inquietéis por eso — replicó Mr. Weller con dignidad; — yo sé ahora qué es; cuando no lo sepa os lo preguntaré.

Cuando el oficial llegó, Sam era ya tan popular, que los caballeros reunidos en la taberna se determinaron á conducirlo á la prisión. Se pusieron en camino; el demandante y el demandado iban dándose el brazo; el oficial á la cabeza, y ocho poderosos cocheros formaban la retaguardia. Después de detenerse en el café de *Seijeants' Jun* para refrescarse y terminar todos los arreglos legales, la procesión se puso en marcha.

Una ligera conmoción se suscitó en Fleet-Areet por el buen humor de los ocho caballeros de la retaguardia, que persistieron en marchar de cuatro en fondo. Cuando al fin llegaron delante de la prisión, la caminata, dirigida por Mr. Weller, lanzó tres grandes exclamaciones y no le dejó hasta que no hubo sacudido calurosamente la mano de cada uno de sus amigos.

Sam fué formalmente entregado en las manos del gobernador de al cárcel de Flotte, con inmensa sorpresa de Roker y del mismo Neddy; después entró en la prisión, se fué derecho á la habitación de su amo, y tocó á la puerta.

—¡Adelante! — dijo Mr. Pickwick.

Sam apareció y se quitó el sombrero sonriendo.

—¡Ah! Sam — dijo muy contento de ver á su buen amigo; — no tuve la intención de ofenderte ayer con lo que te dije, mi fiel servidor; ponte el sombrero, Sam, y deja que te explique mis ideas.

—¿No puede ser más tarde?

—Sí, pero ¿por qué no ahora?

—Me parece mejor después.

—¿Por qué?

—Porque... — dijo Sam vacilando.

—¿Por qué? — preguntó Mr. Pickwick alarmado por las maneras de Sam. — Habla claramente.

—Porque... tengo que hacer una cosa.

—¿Qué cosa? — preguntó Mr. Pickwick, sorprendido de la confusión de Sam.

—No es cosa muy urgente.

—¡Ah! entonces puedes oírme ahora.

—Creo que terminaré pronto mi asunto—replicó Sam vacilando.

Mr. Pickwick aparentó mucha sorpresa, pero no respondió.

—El hecho es... — dijo Sam deteniéndose.

—¿Qué?

—El hecho es que voy á ver si me enseñan mi lecho.

—¿Tu lecho?

—Sí, mi lecho, señor; soy prisionero, me han cogido esta tarde... pero por deudas.

—¡Preso por deudas! — exclamó Pickwick dejándose caer sobre una silla.

—Sí, señor, y el hombre que me ha puesto aquí no me dejará salir mientras vos estéis.

—¿Qué dices?

—Digo que estoy prisionero, aunque esto dure cuarenta años, y estoy contento; y si hubierais estado en Newgate, lo mismo hubiera pasado. A lo hecho pecho.

Al pronunciar estas palabras, que repitió muchas veces con gran violencia, Sam aplastó su sombrero contra el suelo en un estado de excitación muy extraordinario en él. Después, cruzando los brazos, miró de frente á su amo.

CAPITULO XLIV

Donde se encuentran varias aventuras ocurridas en la prisión, lo mismo que la conducta misteriosa de mister Winkle. — De cómo al fin fué puesto en libertad el pobre prisionero de la cancellería.

Mr. Pickwick estaba muy conmovido de la inquebrantable adhesión de su criado para manifestarse descontento de la precipitación con que se había hecho encarcelar por un período indefinido. La única cosa sobre la cual persistió en pedir explicación fué el nombre del acreedor de Sam, pero éste perseveró en no decirlo.

—De nada serviría eso, señor — repetía constantemente. — Es una criatura maliciosa, avarienta, vengativa, rencorosa, con un corazón que no es posible conmover.

—En verdad, Sam, la suma es tan pequeña, que sería fácil pagarla; y puesto que estoy decidido á guardarte conmigo, debes atender á que me serás muy útil pudiendo estar fuera.

—Os doy las gracias, señor, pero no quiero.

—¿Qué es lo que no quieres?

—No quisiera rebajarme á pedir un favor á aquel enemigo sin piedad.

—Pero no es pedirle un favor devolverle su dinero.

—Os pido perdón, señor; gran favor sería el pagarle, pero él no lo merece.

Mr. Pickwick se frotó la nariz con ademán de contrariedad, y Sam creyó conveniente cambiar de tema.

—Señor — dijo, — yo tomo mi determinación por principio, como vos tomáis la vuestra.

Así eludía Sam las preguntas de su amo durante la primera noche de su residencia en la cárcel. Al fin, viendo que todo era inútil, Mr. Pickwick consintió, aunque con esfuerzo, en que se albergara á un tanto por semana en la habitación de un zapatero que vivía en una de las galerías superiores. Sam llevó á aquella humilde estancia un colchón, unas sábanas y una manta alquiladas á Mr. Roker, y cuando se tendió sobre su lecho improvisado, estaba tan á sus anchas como si se hubiera criado en la prisión, y toda su familia hubiera vejetado allí durante tres generaciones.

—¿Fumáis después de acostado? — preguntó Sam á su huesped cuando uno y otro se colocaron horizontalmente.

—Sí, joven — respondió el zapatero.

—¿Queréis permitirme que os pregunte por qué hacéis vuestro lecho bajo la mesa?

—Porque estoy acostumbrado á dormir en una cama de dosel y me parece que la mesa hace el mismo efecto.

—Tenéis un famoso carácter — dijo Sam.

—No sé nada — respondió el zapatero sacudiendo la cabeza; pero si vos queréis adquirir un buen carácter, aquí es cosa fácil.

Durante este diálogo, Sam estaba extendido sobre su colchón á un extremo del cuarto, y el zapatero en el suyo al otro extremo. La pieza estaba iluminada por la luz de una vela y por la pipa del zapatero, que lucía bajo la mesa como una ascua. Por corta que fuera esta conversación, había predispuerto á Sam en favor de su compañero de cuarto; se incorporó y estuvo examinándole atentamente.

Era un hombre pálido; todos los zapateros lo son; tenía una barba ruda y erizada; todos los zapateros la tienen así; su rostro era una grotesca obra maestra, contraído, anguloso; reinaba en él el buen humor, y sus ojos habían tenido gran expresión, porque todavía resplandecían mucho.

El zapatero tenía sesenta años de edad, y Dios sabe cuántos de prisión, de modo que era singular descubrir